

Reconquistada para el reino la ciudad de Estrasburgo, donde dominaba de tal modo la herejía, que su obispo Francisco de Furstemberg se había visto precisado á buscar con su cabildo un lugar de refugio en Molsheim; uno de los primeros cuidados de Luis XIV al tomar posesion de esta nueva llave de Francia, fue el de fundar en ella un seminario y un colegio, confiando su direccion á los Jesuitas. El 8 de julio de 1682 el prelado y el cabildo se comprometieron con contrato solemne á proveer á la subsistencia de doce Padres de la Compañía; y el P. Juan Dez¹ aceptó estas condiciones en nombre de la Compañía. Inauguraron los Jesuitas su mision en Estrasbusgo por la dulzura y la tolerancia. Siguiendo las huellas de los PP. Dez y Scheffmacher, que conocian las costumbres, las prevenciones y la franqueza de sus compatriotas, comenzaron por evangelizar á los habitantes del campo. Enviados á la Alsacia, como mensajeros de paz y de salvacion, algunos Jesuitas alemanes, entre quienes se hallaba el P. Dez, abrió este conferencias, y publicó libros, cuyo único tema se reducía siempre á la reunion con la Iglesia romana. Era preciso convencer los espíritus y ganar los corazones; y ningun obstáculo fue capaz de arredrarle. Compelidos Pistorio y Stachs por las razones del Jesuita á venir en conocimiento de sus errores, abjuraron estos dos jefes de los sectarios en la antigua catedral de Estrasburgo, donde tantas veces habian predicado. Ulrico Obrecht, una de las antorchas del protestantismo por su ciencia y probidad, y al que apenas han logrado conmovier Pelisson y Bossuet, con quienes ha conferenciado muchas veces de viva voz y por escrito, guiado por un justo sentimiento de admiracion, pasa á renunciar la herejía en manos del obispo de Meaux, si bien esta conquista que producirá muchas otras solo fue debida á los desvelos del P. Dez. Queriendo dar el nuevo católico algunas garantías de su fe á la Iglesia y á los Jesuitas, á quienes debia su conversion, tradujo las obras de controversia del mencionado P. Dez, y secundó con la mayor actividad el movimiento católico.

¹ Este Jesuita es el mismo que condujo á Francia la bula de excomunion contra Luis XIV: el mismo á quien escogió el Rey en 1688 para que acompañase al Delfin y al duque de Mine en la campaña que coronó la toma de Filisburgo, Manheim y Tréveris, y el mismo á quien dijo aquel al separarse: «Ig-
«noro, Padre mio, si habeis quedado tan contento conmigo como yo con vos;
«lo que sé deciros es que si salgo otra vez á campaña, no tendré mas confesor
«que vos.»

En el Estado presentado á la dieta de Ratisbona, después de la paz de Ryswick, aparecen los nombres de todas las ciudades, villas y aldeas de la Alsacia, á donde llevaron los Jesuitas el germen de la verdadera fe; y no puede uno menos de sorprenderse del celo y paciencia que les fue preciso desplegar para llegar á semejante resultado por medio de tan inmensos obstáculos como por doquier se les presentaban. No se dirigian á unos hombres preparados de antemano á recibir la verdad por medio de la educacion primaria, sino que les era preciso hacer penetrar en los corazones ideas que las poblaciones se habian habituado á mirar como creencias supersticiosas. Mas no por eso desesperaron de su causa. En el breve período de algunos años supieron disponer tan maravillosamente á estas naturalezas groseras, y recibieron tantas abjuraciones públicas ó secretas que el número de los convertidos sobrepujó con mucho sus esperanzas. Los abundantes frutos que recogian llegaron á persuadir á Luis XIV y á sus consejeros de que nada era mas fácil que obtener en todas partes resultados semejantes. Los Jesuitas habian conseguido un feliz éxito en la Alsacia por medio de la dulzura y equidad, y se creyó que el protestantismo, que cedia al racionio, se dejaria vencer mas fácilmente por las amenazas. El anciano Canciller detestaba á los herejes; su hijo Louvois, el terrible ministro de Luis XIV, no los amaba; la mayor parte de los obispos pensaban cuán importante era al reposo futuro de la Iglesia el acabar de una vez con una secta que, bajo el reinado de ocho monarcas, habia sembrado la discordia en el Estado; y asociándose el Parlamento y la universidad á todos estos dictámenes, fue sometido el negocio al Consejo real.

Una mujer mas vieja que Luis XIV, de edad de cuarenta y siete años, pero dotada de discrecion, de talento y amabilidad, adquiria sobre el carácter de aquel Rey una influencia irresistible. Madama de Maintenon, de la cual todos los escritores han hecho mas bien sátira que la historia, y cuya miseria la habia obligado á unir su destino al de Scarron, el poeta burlesco del siglo XVII, logró fascinar al Rey con sus virtudes, como poco antes le habian seducido por su hermosura Lavalliere, Montespan y Fontanges, osando descender del trono después de la muerte de María de España, para hacerla sentar en él secretamente. Pareció tan excepcional al P. Lachaise la posicion en que iba á colocarse á la

Marquesa, que trató de disuadirle de este proyecto; pero Luis se resistió á sus consejos, y aquella no perdonó jamás al Jesuita este agravio. Y sin embargo, este P. Lachaise fue quien en presencia de Francisco de Harlay, arzobispo de Paris, del caballero de Forbin, Montchevreuil y de Bontemps, ayuda de cámara del Rey, ofició en la ceremonia del misterioso enlace, cuya fecha debe ponerse en el año de 1685. Árbitra del corazón del Soberano, conociendo sus debilidades reales, y dominándole por su talento siempre despejado y modesto, no temió la nueva esposa secundar las miras del canceller Letellier y de los Católicos ¹.

Los Jesuitas, que bajo este reinado aparecen como los confidentes de Luis XIV y de sus ministros, y de los que habia uno en cada ilustre familia, fueron tambien consultados sobre esta medida. Colbert, ese gran ministro fundador en Francia del crédito y de la industria, contaba entre sus comensales al Padre Bouhours; y llamaba muchas veces á Bourdaloue para deliberar con él y con Tronson, superior general de San Sulpicio, sobre algunas negociaciones que interesaban al reino ². Y sin embargo, estos mismos Jesuitas, que tantas veces habian sido el blanco de las crueldades de los sectarios, así en Francia como en Inglaterra, en Alemania y los Países Bajos como en sus misiones ultramarinas; estos Jesuitas, que conocian mejor que nadie la barbarie de sus torturas por haberlas experimentado, y que no ignoraban que su intolerancia les hacia en todas partes implacables: en

¹ Menos severo Schœll que nosotros respecto á la marquesa de Maintenon, traza de ella el retrato siguiente en sus *Estados europeos*, t. XXIX, pág. 131: «Madama de Maintenon conservó su antigua modestia, á pesar de que compartió con el Rey el peso del gobierno, ejerciendo sobre él la mayor influencia durante el período de treinta años. Su espíritu justo, pero sin miras elevadas, no la preservó en esta difícil posición, de errores y faltas, pero no merece las acriminaciones que la ha lanzado una ciega animosidad. Sus intenciones eran siempre rectas; obedecía á la voz de su conciencia, y sometía constantemente su opinión á la de su real esposo. Si la ambición fue el primer móvil de sus acciones, demasiado bien la ha expiado con treinta años de fastidio...

«No creemos necesario rechazar la acusación de devota que el fanatismo irreligioso dirige á la amiga de Luis XIV. En cuanto á la persecución que experimentaron los Protestantes, no tuvo parte en ella.»

² Existe una carta dirigida por Mr. de Tronson á Bourdaloue con fecha 7 de octubre de 1680, en la que el Sulpiciano pide una entrevista al Jesuita con el objeto de conferenciar con él sobre un negocio, en que Colbert deseaba saber el dictámen de ambos.

medio, pues, de esta atmósfera de rigores de que se hallan rodeados, y á pesar del celo que les devora á todos y cada uno por asegurar la paz á la Francia, lo cierto es que se dividieron acerca la oportunidad de la revocación del edicto de Nantes.

En los archivos del Estado existen dos memorias dirigidas á Luis XIV, que tratan á fondo esta cuestión tan grave. Escrita una de ellas por de Aguesseau, intendente en aquella época del Limosin, y presentada en nombre de los Jansenistas, y redactada y apoyada la otra por los Jesuitas. Estas memorias, que tuvo á la vista Bulhière al escribir sus *Aclaraciones históricas sobre las causas de la revocación del edicto de Nantes*, concluyen ambas, aunque fundadas en diferentes motivos, por la conservación del edicto de 1598. Pero una y otra carecen de firma; y no revelando su autenticidad sino por los vestigios que en ellas ha impreso el tiempo, no se puede echar mano de semejantes datos sino con reserva. Es necesario, por consiguiente, recurrir á los historiadores de la época para apreciar en su justo valor la situación de los partidos. Elías Benoit, protestante expatriado, publicó una obra sobre las causas del extrañamiento de sus correligionarios, en que acusa al P. Lachaise como autor del decreto de revocación y de las calamidades que le subsiguieron. El mismo Schœll, ordinariamente tan moderado, le acrimina el haber sido, en unión con madama de Maitenon y Louvois, el adversario mas activo de los Hugonotes.

Estos asertos debieron encontrarse necesariamente bajo su pluma: veíanse perseguidos y proscritos, y trataban de inculpar á los Jesuitas que los habian combatido incesantemente; logrando convencer, á pesar de haber escrito sin ninguna prueba, sin un solo apoyo en favor de sus asertos, á cuantos no aspiraban á otra cosa que á recibir sin vacilar cualquiera versión hostil contra la Compañía de Jesús.

Al recopilar otros analistas las memorias de sus contemporáneos, no han querido ser tan explícitos: los unos no tenían ninguna amistad con los Jesuitas, y los otros eran rivales suyos; y sin embargo, están todos de acuerdo en absolver á los Padres del Instituto. El abate de Choisy, que vivía en la corte, y que conocía y divulgaba sus intrigas, expone los sucesos de un modo muy distinto. Después de referir que Louvois, siempre celoso de su crédito, se alarmaba al observar las entrevistas continuas

que el arzobispo de Paris, el P. Lachaise y Pelisson tenian con Luis XIV, dice que estos tres sugetos tendian á debilitar ó destruir el calvinismo en Francia; pero estaba contra los medios violentos y personales. «Queriendo Louvois, continúa Choisy «después de exponer de este modo la situacion, poner un coto á «estas entrevistas que le daban bastante que sospechar, apresu- «ró vivamente la revocacion del edicto de Nantes, y el Monarca «sometió el asunto á la deliberacion de su Consejo¹.»

Hacia entonces parte del Consejo un anciano, cuyo patriotismo ha celebrado Bossuet, el canceller de Letellier, que hacia ya tiempo que estudiaba paso á paso la marcha de los herejes; que acababa de sorprenderlos en 1683 forjando un plan de union general en las provincias del Poitou, Saintonge, Guiena, el Delphinado y Languedoc; que sabia que los ministros del culto reformado hacian tomar las armas á los montañeses; y que no ignoraba que estos *misioneros con botas*, como los apellidaban los Hugonotes, solo aspiraban á fanatizar la plebe ignorante. Letellier se sentia próximo á su muerte, y ansiando antes de morir ver enlazado su nombre á la medida de que habia sido el promotor mas enérgico, selló en 22 de octubre de 1685 el edicto de revocacion, y fuele después dado exclamar con Simeon: «*Nunc dimittis servum tuum, Domine.*»

Habia creido Luis ahogar el calvinismo; mas con la persecucion le dió una nueva vida. Quedaba prohibido el ejercicio del culto reformado aun en el interior de las casas particulares; todos los ministros que pasados quince dias después de la publicacion del decreto real no hubiesen renunciado al error, debian salir del territorio francés, y eran colmados de favores los que abrazaban el catolicismo: los Protestantes, por último, no podian emigrar ni exportar su fortuna, so pena de presidio ó confiscacion. Con el espíritu de intolerancia de que Louvois estaba animado, semejante decreto no podia producir otro resultado que el de las injusticias, como así sucedió en efecto, arrastrando aquellas en pos de sí consecuencias sanguinarias. Y ¿qué parte tomaron en ellas los Jesuitas? El marqués de La Fare, enemigo suyo, declara en sus *Memorias*, tomo LXV, pág. 234, que «el P. Lachaise, confesor del Rey, habia desaprobado las violencias ejecutadas.» «El P. Lachaise, exclamaba Duclos (*Memorias*, to-

¹ *Memorias de Choisy*, tomo LXIII, pág. 284, (edicion Petitot).

«mo LXXVI, pág. 188), cuya dulzura tanto se encomiaba, hubiera muy bien podido persuadir á su penitente que no tratase «de expiar con actos de furor el escándalo de su vida pasada.» Respondiendo de antemano Oroux á esta acusacion en forma dubitativa, no teme decir, hablando del P. Lachaise¹: «Levantó «su voz en particular contra la exhumacion de los cadáveres de «los Protestantes, que eran arrastrados sobre la carreta y conducidos al muladar, representando enérgicamente á S. M. la odiosidad y barbarie de esta medida: por cuya razon el ministro Jurieu², mas equitativo con respecto á este Padre que lo han sido muchos escritores católicos, no podia creer que fuese capaz «de inspirar al Monarca los severos procedimientos de que se quejaba la pretendida Reforma.»

Somos opuestos por principios y por conviccion á toda especie de rigor contra las creencias que no se presentan á mano armada; ya porque violentar las conciencias ó llamar al martirio á un culto ó á un partido á quien se puede fácilmente exterminar por medio del raiocinio, ó á quien con tanta facilidad se puede dejar morir en la inaccion de la indiferencia, es hacerle vivir en la sangre, ya porque es deshorrar la causa de la verdad, cuando se la hace defender por los fanáticos ó por la fuerza bruta. Luis XIV y todos los que asociaron su voto á la revocacion del edicto de Nantes, no habian calculado sin duda los excesos que la exasperacion de los herejes iba á provocar: creyeron que la generalidad obedeceria sin repugnancia, y que el temor haria ceder á los menos dóciles... Esto fue un error deplorable. Hemos visto la parte que tomó el P. Lachaise en estos acontecimientos; réstanos ahora contar lo que hicieron los demás Jesuitas.

Desde el año de 1682 al de 1688 organizan las misiones de Troyes, Lunel, Vitré, Orbec, Soissons y Bourges. Chenard, cura párroco de Alenson, llama á ella al Jesuita du-Parc, y logra atraer á varios herejes á la unidad por medio de sus conversaciones. Previendo la Compañía de Jesús las desgracias que debia por precision acarrear la pertinacia de los herejes, se esfuerza á conjurarlas; y acudiendo con los Capuchinos á las provincias en que el calvinismo se mostraba mas vigoroso, predicán y evangelizan á un mismo tiempo en el Rosellon y en el Poitou, en la Alsacia

¹ *Historia eclesiástica de la corte de Francia*, tomo II, pág. 531.

² *Espíritu de Mr. Arnould*, tomo II.

y el Languedoc, en el Anis y el Bearne. El país y la Iglesia pedían á los Jesuitas grandes servicios: y los Jesuitas no se hicieron de rogar; y empezando los mas célebres á dar ejemplo á los menos, mientras que el P. Bourdaloue se arranca á los aplausos de la corte para pasar á ilustrar con su irresistible dialéctica á los protestantes de Montpellier; La Rue, cuyo nombre se ha hecho célebre por sus hermosos triunfos literarios, se lanza á las campañas del Languedoc, donde, como el célebre capuchino Honorato de Cannes, deja siempre salir de sus labios palabras de consuelo. Empero estas palabras parecen condenadas á la esterilidad. Las conversiones que obran, solo producen en los corazones una repugnancia cada vez mas invencible. El hugonote no quiere ver en estos misioneros entregados á todo el ardor de su celo mas que unos precursores de la persecucion, y su pacífico ministerio queda casi sin eficacia ante el entusiasmo de las poblaciones, á quienes se manda volver inmediatamente á la fe. Resisten se aguardando el martirio, ó acusan de cobardía y apostasía á aquellos de sus correligionarios que no manifiestan la misma obstinacion. Las clases elevadas se prestaron con mas facilidad que las demás al apostolado de los misioneros. Para dejarse convencer contaban, además de la educacion, con ciertos instintos conservadores y con motivos de ambicion que no podian satisfacer en el aislamiento á que se les sujetaba; pero el pueblo del campo no se apresuraba tanto á aceptar las reales disposiciones. Decíanle que la tenacidad atraeria sobre sus cabezas la violencia; mas como nada tenia que perder, desafiaba á la violencia. Esta irritacion produjo la guerra llamada de los Cevennes, y al intrépido Cavalier, á quien veremos un dia vendiendo á sus camisardos para tener el honor de tratar con el mariscal de Villars.

La révocation del edicto de Nantes fue un manantial inagotable de acriminaciones amargas contra Luis XIV y los Jesuitas, á quienes imputaban esta medida. Los herejes de todas las sectas y países habian despojado de sus bienes, encarcelado, proscrito y asesinado á los Católicos; habian roto, como si fuese el juguete de un niño, la libertad y el derecho de asociacion, y habian osado descender hasta el seno de las conciencias para imponerlas el perjurio ó la apostasía. Pero al saber que el Monarca francés trataba de devolver á sus correligionarios una parte de los males que hicieron ellos pesar sobre los Católicos, se apodera de todos

los ánimos la indignacion. Los sectarios rehusaban á Luis XIV la facultad de perseguir á la herejía, siendo así que atribuyéndose esta el monopolio de la intolerancia, se presentaba sanguinaria y cruel do quiera que podia introducir á sus ministros y á su creencia. Los que acababan de lanzar del suelo patrio á los Católicos inmutables en su fe, se indignaron hasta el exceso al recibir en el hogar de la hospitalidad calvinista á los Hugonotes extrañados de Francia. Hubo dolores convencionales, y cóleras fingidas; porque era imposible que en el fondo de sus corazones desconociesen los sectarios en los demás el derecho de poner en práctica un principio de que tantas veces y por tanto tiempo habian abusado. Pero necesitaban colocar la cuestion en diferente terreno para alucinar á las masas, y adulterar el espíritu de la historia, y consiguieron su doble empresa. Levantóse una sola voz en Ginebra y en Londres para declamar contra la intolerancia de Luis; y esta voz, que todavia resuena en nuestros oidos, evocó en Holanda muchos hombres, que no se contentaron con meter ruido: allí los Protestantes desdeñaron el papel de mártires para trocarle por el de verdugos.

La Holanda, que por su posicion inexpugnable, por su comercio en todos los mercados del globo, por sus victorias navales y por su misma necesidad de alimentar las revoluciones en los demás Estados, habia pasado á ser en menos de un siglo una de las potencias mas temibles de Europa, franqueaba su seno á todos los descontentos, asalariaba todas las plumas que se vendian á sus libreros, acogia todas las ambiciones decaidas, hacia la guerra por medio de cañonazos y de calumnias, y ultrajaba de palabra á los que no podia vencer. Fuerte por el valor y sangre fria de sus hijos, y mucho mas todavia por el talento de sus generales y diplomáticos, lanzaba á la balanza europea una espada ó un folleto; y comprendiendo perfectamente que los discípulos de Jansenio podrian servirla de palanca contra la Iglesia universal, acogió á los Jansenistas vencidos, convirtiéndose para ellos en una tierra de promision. Muy distinto era el objeto de Guillermo de Orange. En Inglaterra acababan de renacer de sus cenizas el catolicismo y la Sociedad; resurreccion que iba á proporcionar un trono á los ambiciosos cálculos del Stathouder, que no perdonaba medios para conseguirlo: y ofreciéndosele como un nuevo pretexto la revocation del edicto de Nantes, no tardó en aprovechar-

le con avidez, mostrándose celoso protestante, porque Luis XIV y Jacobo II se ostentaban ardientes católicos, y haciendo caer todo el peso de sus venganzas sobre los Jesuitas que habia en las Provincias-Unidas. Como el perseguir á los Católicos y á la Sociedad de Jesús era ofrecer garantías á sus cómplices, que preparaban la revolucion de 1688, al paso que prepararse un apoyo de todos los Hugonotes, tiró Guillermo la suerte con tanta destreza como fortuna.

En esta época el Instituto poseia en Holanda cuarenta y cinco residencias, administradas por setenta y cuatro Padres. Para legitimar los medios coercitivos, que por fin tenian ya un pretexto, transformaron en Jesuita al Monarca francés¹; y pasando este solo título á ser un decreto de proscripcion, sometieron á impuestos exorbitantes las iglesias que ocupaban, y arrastraron á los calabozos á los misioneros y sus adictos, marchando con la frente erguida á la profanacion y el sacrilegio. Mientras que el P. Ernesto de Wissenkerke logra sustraerse, huyendo de uno en otro asilo, á las amenazas de los sectarios, los Jesuitas residentes en Zuphen, Güeldres, Alkmaer, Hoorne, Enkhuisen, La Haya y Utrecht, se ven expuestos á la misma suerte. Alentado el protestantismo por los jansenistas belgas ó refugiados, que trataban de separar la causa de la Compañía de la de los demás católicos, se propone destrozár la bandera para dispersar con mas facilidad al ejército ó al menos debilitarle, y convierte su rabia contra los Padres. Los Estados generales ponen en discusion si deben permitirse ó no los Jesuitas; les amenaza un próximo destierro, y el superior de la Compañía en Holanda escribe á sus hermanos con fecha 2 de noviembre de 1685, en los términos siguientes:

«En el estado crítico en que se encuentra nuestra mision á consecuencia de las medidas de rigor adoptadas en Francia, trato de dar parte á nuestros Padres de varias observaciones que se servirán tener presentes.

1.^a «Recomiendo eficazmente á las oraciones y á los sacrificios de todos la situacion de nuestra Compañía. No impongo ninguna plegaria de obligacion; prefiero descansar en el buen espíritu y celo de que todos y cada uno están animados, bien persuadido de obtener de este modo mas de lo que pudiera exigir.

¹ Persequente reformatae religionis homines rege Galliae de numero Jesuitarum.

2.^a «Que cada uno ocupe modestamente su puesto, sin pasarse á ejecutar cosa alguna que pueda ofender á quien quiera que sea, y acrecentar el peligro á que nos vemos expuestos.

3.^a «Que cada cual sepa ocultar á tiempo y con prudencia lo que pudiera comprometer nuestras personas y nuestro sagrado ministerio cerca de los herejes, ó confiar en manos amigas y seguras lo que juzgue oportuno deber sustraer á las pesquisas de nuestros enémigos, teniendo cuidado de hacerse entregar un recibo.

4.^a «Si, lo que Dios no permita, llegase el caso de ordenar nuestra proscripcion actual ó futura, la que seria preciso aceptar con toda la resignacion que inspira el cristianismo, tolerándola con la paciencia de los Apóstoles, nos podríamos refugiar en las localidades que ofrecen mas seguridad, tales como las quintas y casas de campo de nuestros amigos; procurando estar en ellas bien ocultos.

«Empero que con estas precauciones salgamos felizmente de este paso.

«Suplico á todos que empleen estos medios, y aun otros si los juzgan mas oportunos, en beneficio de la mision.»

Tales fueron las precauciones secretas que adoptaron estos sagaces conspiradores la víspera de las calamidades. Los Estados de Holanda van á atraer sobre sus cabezas la venganza del cielo y de los hombres; se les denuncia como la piedra angular de la política; se les acusa como fautores de todas las medidas de que creen deber rodearse los príncipes por el interés de su corona. Ellos se dirigen á los jefes parlamentarios de la república de las Provincias-Unidas, y presentan su defensa en una memoria. Como holandeses, alegan el derecho de ciudadanía; como católicos y sacerdotes, tratan de probar que la libertad de conciencia comprende igualmente á los Jesuitas que á los Gomaristas y Arminianos: no piden privilegios, ni reclaman subsidios para educar á la juventud y fortificar á sus hermanos en la fe; quieren ser libres en un país que ha proclamado la libertad.

Esta memoria era temible, porque sentaba la cuestion con claridad y lisura. Los Jesuitas holandeses afirmaban y probaban en ella que en la revocacion del edicto de Nantes solo habia obrado el Rey por motivos puramente humanos. Al mismo tiempo escribian al P. Lachaise: «En este país se asegura que sois el autor